

La cancela del corral

Mucho tiempo transcurrió antes que la palabra finalmente adoptara forma corpórea sobre hojas de papiro y quedara raptada e inmutable, como revelación y obsequio de los dioses. Durante todo ese trecho y desde entonces, en la imaginación del hombre no fueron escasos los animales y seres mitológicos que tomaron la palabra para mostrarnos los aspectos más tristes de la condición humana formulando razonamientos depurados o zafios. En primer lugar los cazadores identificaron sus dioses entre lagartos y liebres. Posteriormente, instalados en ciudades amuralladas, los asnos y batracios de los agropecuarios protagonizaron batallas y procuraron consejos; esfinges y centauros plantearon enigmas y educaron héroes; cuervos y zorras personificadas compusieron sus fábulas no solamente en la tradición literaria grecolatina sino en los muy diversos relatos de las ricas culturas transmitidas por medio del texto oral. Bastante más tarde, impuesta la unicidad del Dios, a partir del siglo octavo los mercaderes y transportistas del Sahara llevaron el islam igualitarista de los jariyitas hasta la orilla septentrional del río Níger, construyendo pequeños núcleos urbanos en alianza con los reyes locales. Como consecuencia de estos contactos comerciales, mientras Carlo Magno acuñaba con oro de las colinas de Guinea a través del Califato de Córdoba, los príncipes negros comenzaron a consultar códigos árabes transcritos en las antiguas bibliotecas bizantinas del Mediterráneo. Irremediablemente, en África Negra las leyendas de serpientes sagradas, simios mentirosos y gacelas locuaces, acabaron por formar un mismo cuerpo con las gestas de Alejandro Magno y los compendios de los pueblos semitas, de forma que la milenaria problemática entre pastores y agricultores regresó transformada como en un bucle hasta el lugar de origen. Mujeres y hombres negros, —Kamitas, hijos de Kam—, “idólatras politeístas” de acuerdo al texto sagrado, fueron condenados por el Dios único a tostarse bajo el sol

de las últimas regiones y sufrir como esclavos por los tiempos sin posibilidad de redención, hasta que en la frontera del siglo XVII un sabio de Tombuctú, Ahmed Babá, levantara la voz en los palacios de Marrakech en defensa de sus hermanos.

Nacido a finales de los cincuenta en Tombuctú, “dorada” capital de las arenas y los camelleros, remoto y misterioso objetivo de la avaricia europea, Ismael Kati vivió con devoción de filósofo cada episodio de sequía, plaga, hambruna, represión política, rebelión tuareg y atentado integrista, sufrido por el desamparado pueblo de Malí hasta el presente. Se educó como dramaturgo en una joven república socialista, pero hubo de transformarse en historiador de la presencia hispana en la Curva del Níger. En realidad, desde el punto de vista literario, debemos hablar de una tabla de hedonismo a la que se agarra un poeta frente al que desfilan las desgracias. Nos compete ahora, al presentarlo, abordar la suerte que forzó su mudanza y conformó su personalidad. Tras una infancia pletórica y despreocupada en el seno de una familia de alta posición social, llegada la mayoría de edad el joven recibía desprevenido el testigo de patriarca familiar por primogenitura. Cuando aún dirigía el grupo regional de teatro, frente a él se materializaron, como piezas que encajan, todo lo escuchado de boca de sus mayores. Los parientes Kati de las aldeas del Níger, cuya tradición recién conocía, eran descendientes del sabio Alfa Mahmud Kati al-Silanke; quien en el Siglo XV fue ministro del tesoro, virrey y sobrino del más fabuloso emperador que la historia conoció al sur del Sahara, Askia Mohamed Sila, Califa del Tekrur. Y este antepasado Alfa Mahmud Kati no era otro sino el autor de la crónica sudanesa llamada *Tarick el-Fettash*, el puño con el que los africanos golpearon sobre la mesa del eurocentrismo para mostrar con datos que su continente no fue una tierra de “infelices salvajes” a quienes convenían los azotes y parabienes de la colonización occidental. Y algo más supo: la vetusta estirpe Kati había heredado y conservado como nexo de cohesión, a lo largo de cinco

siglos, una singular colección de manuscritos medievales cuyo rastro se extravió finalmente con la irrupción del gobierno teocrático de los peulh de Masina en 1830.

Demasiado mayor para hacerlo por sí mismo, su padre lo enviaba en busca de los legajos perdidos durante sus años de universitario en Bamako, sin lograr ningún resultado. Esta etapa terminó por conducirlo a España de la mano de la Universidad de Granada, como conferenciante especializado en la presencia de hispanos y judíos en la Curva del Níger. Con mujer e hijos en el mundo y algo de dinero en el bolsillo, de regreso en Tombuctú pidió a un rastreador de la biblioteca local de la Unesco que le informara de cualquier manuscrito que hiciera referencia a los temas mencionados, en especial sobre aquellos que reflejaran el apellido de sus antepasados Kati. Así apareció la biblioteca perdida, una reunificación dada a conocer con gran resonancia en España y el ámbito del africanismo en 1999, cuya autenticidad quedó avalada por los mayores especialistas. Sin embargo, las sorpresas sólo acababan de comenzar. Con los legajos medievales de sus ancestros en la mano, las anotaciones marginales realizadas sobre ejemplares del Corán, sobre tratados literarios del siglo XV, comenzaron a hablar para desvelarnos quiénes fueron aquellos Kati que ocuparon puestos de tan alto prestigio en el gobierno del emperador de Gao. Aún es motivo de controversia entre arabistas que, a partir del 711, los aristócratas arrianos descendientes del rey godo Vitiza constituyeran parte de la oligarquía baladí de la Córdoba emiral y califal con el nombre de Banu al-Quti, los “hijos del godo”, y que ocho siglos más tarde los miembros de este transversal linaje germano-andalusí todavía perduraran en una Toledo católica donde la cultura medieval en árabe había concebido el Renacimiento. Con esta alcurnia los al-Quti emigraron musulmanes hacia el Magreb bajo la presión de la intransigencia propia del siglo XV; los que quedaron en la península volvieron a cambiar de fe y ahora se llaman Cutilla. Un caso excepcional entre los descendientes de Vitiza fue el cadí llamado Alí ben Ziyad al-Quti al-Tulaituli

que, en busca de “paz y tranquilidad”, atravesó el Sahara con sus manuscritos y hermanos para instalarse cerca del Níger y emparentar con la realeza soninké, viniendo a ser el primer godo africano, antepasado de nuestro autor Ismael Kati; excepcional pues entre las familias exiliadas que conservan bibliotecas la suya es la única conocida en África Negra. Fue el hijo de este toledano, el sabio Alfa Mahmud Kati, quien conformó el célebre Fondo Kati en el siglo XVI, la colección actualmente custodiada en casa de nuestro dramaturgo, al unir sus propios códices a los de su padre y su tío el emperador askia. Sus descendientes supieron, por amor a los libros y la cultura, por fidelidad con los antepasados, guardar memoria de su origen y conservar los manuscritos hasta nuestros días. Sí; esta historia de godos africanos nos podría parecer ficción, pero es tan verídica como cabales son los razonamientos del carnero desde la cancela del corral.

Luis Temboury. Málaga, Enero 2012